

Los infiernos de París



Xavier de Montépin

Rogamos á nuestros lectores que nos acompañen á la calle de Rocher, vía escabrosa y tortuosa que hace muy poco honor al brillante y aristocrático barrio de Saint-Lazare, que forma el límite extremo de ese extraño reino de argot, de esa bizarra Corte de los Milagros, de ese siniestro asilo de los truhanes modernos, que ayer aún estaba en plena, vida en medio del Paris contemporáneo y bautizado por el lenguaje popular con el nombre de Pequeña Polonia.

A los dos tercios próximamente de la calle de Rocher, se encuentra una casa estrecha y alta, de seis pisos coronados por doble hilera de boardillas. Cada piso tiene dos ventanas, que dan á la calle; las del piso bajo están provistas de rejas de hierro de respetable grosor.

LOS INFIERNOS DE PARIS

Xavier de Montépin

PRIMERA PARTE

LA MARQUESA CASTELLA

I

Rogamos á nuestros lectores que nos acompañen á la calle de Rocher, vía escabrosa y tortuosa que hace muy poco honor al brillante y aristocrático barrio de Saint-Lazare, que forma el límite extremo de ese extraño reino de argot, de esa bizarra Corte de los Milagros, de ese siniestro asilo de los truhanes modernos, que ayer aún estaba en plena, vida en medio del Paris contemporáneo y bautizado por el lenguaje popular con el nombre de Pequeña Polonia.

A los dos tercios próximamente de la calle de Rocher, se encuentra una casa estrecha y alta, de seis pisos coronados por doble hilera de boardillas. Cada piso tiene dos ventanas, que dan á la calle; las del piso bajo están provistas de rejas de hierro de respetable grosor.

Gracias á la absoluta falta de proporciones, el inmueble de que acabamos de trazar un rápido croquis, parece no sostenerse más que por un milagro de equilibrio, si no estuviera sólidamente apuntalada desde la base al quinto piso por construcciones mejores que le flanquean á derecha á izquierda.

Revocada de amarillo, conforme á la costumbre parisiense, la casa que nos ocupa ofrece un aspecto de mal augurio, una fisonomía casi sospechosa, porque, no es preciso engañarse, y creemos haberlo probado más de una vez, las casas tienen su fisonomía como las personas. Esta mansión parece no deber ni poder servir de morada más que al vicio y á la sórdida miseria. De las entreabiertas ventanas de cada piso cuelgan miserables guiñapos y trajes indescriptibles. La puerta de entrada, provista de un enorme pi-

caporte, está llena de gruesas cabezas de clavos y pintada de un color rojo achocolatado. Repetimos una vez más que todo esto completa un aspecto siniestro y repulsivo. Ciertamente que nos gustaría pasar a otra cosa sin detenernos en esto mucho, y que sin duda nuestros lectores participan de nuestra opinión; pero por vivo que sea nuestro deseo de ser agradables, no podemos satisfacerlo en este momento. Las necesidades de nuestro relato mandan, y no hay más remedio que obedecer.

Llamemos, pues, con el pesado picaporte, que choca con gran estrépito contra una plancha de hierro, y franqueemos el umbral de la puerta erizada de clavos. Encaminémonos, no sin repugnancia, por un angosto y largo pasillo, tan oscuro que aún en pleno día es difícil distinguir los dedos de la mano. Olor fétido y nauseabundo impregna la atmósfera; entrando créese respirar las salvajes emanaciones de una cueva de bestias feroces y el corazón se oprime irremisiblemente. En el extremo de este odioso corredor empieza una escalera de madera con peldaños rojizos, que tiemblan bajo los pies del que sube como los dientes móviles en sus alvéolos. A la altura del primer piso se encuentra la habitación, ó mejor dicho, el nicho del portero. Pasemos de prisa por delante de este nicho, tapándonos las narices con el pañuelo con el objeto de que no llegue a nuestro olfato la infección que expide y ganemos valerosamente los pisos más elevados de la casa, teniendo cuidado de no tropezar con las mugrientas paredes. Por encima del sexto piso la escalera, ó al menos lo que nos vemos obligados a llamar de este modo, cesa de pronto y es reemplazada por una escala de mano, á la cual una cuerda tendida sirve de barandilla. Subamos esta escala, y en virtud de nuestro discrecional poder de novelistas, ante quienes las puertas más cerradas se abren sin resistencia ni ruido, penetremos en una estancia que mide todo lo más ocho pies cuadrados, participando su techo del declive del tejado, hasta el punto de que en los dos tercios de la habitación es imposible es-

tar de pie. Un ventanillo practicado en el techo ilumina esta más que exigua estancia. Sus muebles consisten en un lecho de madera blanca, cubierto con un delgado colchón, una mesa negra y una silla desquiciada. Como se vé, jamás descripción interior alguna fue más fácil de hacer.

En la bohardilla había una sola persona en el momento en que acabamos de penetrar en ella.

Antes de ocuparnos de esta persona, importa advertir á nuestros lectores que transcurría el mes de septiembre y que eran las seis de la mañana. Advertido esto, continuemos.

El inquilino de la bohardilla era un joven de veintidós á veintitrés años, todo lo más. Sería difícil á la imaginación de una mujer al pincel de un artista soñar ó crear un tipo de belleza más perfecta, más completa, más exquisita. Figuráos una frente de mármol blanco, coronada de una cabellera rubia, sedosa y naturalmente ondeada. Bajo el arco de unas cejas de milagrosa corrección, colocad grandes ojos negros, llenos á la vez de dulzura y decisión. Dibujad un óvalo algo alargado, dibujad, como un hábil escultor, los finos contornos de una nariz griega; retorced un bigote juvenil sobre una pequeña boca de rojísimos labios; estampad, en fin, un tinte azulado deliciosamente desvanecido en los rebordes inferiores de los párpados de largas pestañas, y podréis formaros una idea casi exacta de la adorable cabeza que acabamos de describir.

Esta cabeza no merecía más que un solo reproche: verdaderamente era demasiado encantadora para pertenecer á una criatura del sexo masculino. Y, sin embargo, su propietario era un hombre, pues sus bigotes daban fe de ello.

Debemos añadir que su esbelto talle, su estatura más que mediana, sus anchas espaldas y desarrollado pecho, anunciaban una agilidad y vigor poco comunes. Los pies y las manos, lo mismo que el rostro y que todo el resto de su persona, ofrecían la distinción más incontestable y más pa-

tricia. En medio de la inmundicia habitación que le servía de albergue, aquel joven tenía el aire de un Príncipe.

El traje que llevaba en el momento en que acabamos de trabar conocimiento con él, no era, sin embargo, muy á propósito para hacer resaltar sus ventajas físicas. En el mundo nada podía imaginarse de más miserable. Una bata de tela, que debió haber sido algún sayo ó jaqueta, pero que ya no conservaba su forma, cubría sus espaldas y ocultaba muy mal las innumerables soluciones de continuidad de su camisa. El pantalón, muy remendado, no valía más. Los pies iban tocando el suelo á través de unas que fueron zapatillas.

A pesar de ver todo esto, hemos de convenir en que el joven de la bohardilla no pertenecía á la clase de mendigos, para quienes la espantosa librea de la miseria no es más que un hábil medio de atraer la atención y la piedad de la indiferente multitud, y llegar á la realización de copiosas ganancias.

Nuestro nuevo conocido debía, por el contrario, enrojecer de su pobreza, como se enrojece de una vergüenza ó de un vicio, y ocultarla del modo que mejor pudiera á todas las miradas.

Si en el miserable interior parecía estar revestido del espantoso traje de los mendigos de Londres, debía ofrecer en la calle la completa apariencia de un *gentleman*.

Al pie del tablado que le servía de lecho, se veían un pantalón, un chaleco y una levita, si no nuevos, al menos en muy buen uso, de tela de moda y corte elegante. Un sombrero de seda, brillante todavía, gracias á los cuidados más minuciosos, colgaba de un clavo fijo en la pared. Un trozo de velo negro envolvía á medias el sombrero y lo defendía, aunque mal, de los ataques del polvo. Por último, un par de botas de forma encantadora y muy relucientes, hacían el efecto de un inverosímil objeto de lujo en aquel cuadro de pobreza.

El joven de la bohardilla, el propietario de aquellas ropas y de aquellas elegancias, estaba sentado sobre una silla de paja, ante la mesa de madera negra de que ya hemos hablado.

Aquella mesa soportaba diversos objetos: un candelabro de cobre cubierto de sebo, un tintero, papel, plumas y una pistola de bolsillo de forma antigua y totalmente cubierta de moho.

II

Con el codo apoyado sobre la mesa y la mejilla sostenida por la mano, el joven rubio estaba absorto en profunda meditación, que no debía ser de naturaleza muy alegre, al menos á juzgar por la contracción de sus cejas y por la sombría fijeza de su mirada. Se arrancó de pronto de aquel lúgubre ensueño. Levantó la cabeza é hizo un gesto de desesperación. Sus ojos se detuvieron á su alrededor sobre cada uno de los objetos que hemos descripto, y murmuró en voz baja y tan débil, que cada una de sus palabras parecía un suspiro:

—Ha llegado el momento... la hora ha sonado. Me había concedido un mes de plazo para hacer la última tentativa, para un supremo esfuerzo. El trigésimo espiró ayer noche. Mis fuerzas se han gastado en la lucha; he sido vencido y siento que no puedo levantarme. ¿Qué he de hacer ya en el mundo? ¡Se ha pronunciado la última palabra!... No espero nada. Pertenezco en cuerpo y alma á esa extraña fatalidad, á ese mal destino que se ha apoderado de mí, que me ha juzgado que me ha condenado y cuya sentencia no tiene apelación. Decididamente es preciso acabar. Y esto, Dios mío, es muy fácil... medio minuto de valor y todo ha concluido. Por otra parte, ¿acaso puedo escoger? ¿puedo esperar acaso? No, cien veces no. ¿De qué me serviría vender mis últimos vestidos y prolongar durante una semana mi miserable existencia con los pocos sueldos que algún mercader de trajes me dé por el mío? Siempre será preciso decidirme á morir después, y las agonías más cortas son las

mejores. Vale más acabar enseguida. ¿Qué importa partir cuando tras de sí no se deja ningún pesar, ningún recuerdo? ¡En ese mundo desconocido, al que voy á ir, podré dormir en paz y el hambre no me despertará!

Después de haber terminado este incoherente monólogo, interrumpido más de una vez, el inquilino de la bohardilla tomó una hoja de papel sobre el que escribió rápidamente algunas líneas. Dobló el papel y lo puso bajo un sobre que selló con una oblea negra, y enseguida puso esta dirección:

Al señor Comisario de Policía del barrio de Saint-Lazare.

—Ya está hecho, —se dijo—, y era necesario después de mi muerte, gracias á esta carta, tengo la seguridad de que no se acusará á nadie de un crimen imaginario. Después, añadió sonriendo:

—¡Sospechar que cualquier pillete me había asesinado para robarme, sería en verdad demasiado injusto y absurdo!... ¡Cierto que el pobre ladrón que intentara la aventura pondría una cara muy fea viéndose de ese modo robado!

El joven colocó muy á la vista, encima de la mesa, la carta dirigida al Comisario de Policía, y en la cual declaraba que iba voluntariamente á matarse por su propia mano, y que por lo tanto hacía constar un suicidio y no un crimen. Tomó enseguida la pistola en mal estado, de que hicimos mención en el capítulo precedente, y la examinó durante algunos segundos con atención. Era un armatoste de origen inglés, fabricada mucho tiempo antes de que la antigua piedra de chispa hubiese sido destronada por los pistones y las pólvoras fulminantes. En sus tiempos aquella pistola debió ser un arma de lujo y de precio, á juzgar por los adamasquinados que habían casi desaparecido por completo bajo el moho. Hoy apenas le habrían ofrecido treinta sueldos por ella.

El joven introdujo la baqueta de acero en el cañón, con el objeto de asegurarse de que la pistola estaba cargada. Examinó la pólvora de la cazoleta para ver si la humedad la

había alterado. ¡Humedad en un séptimo piso! ¡Este temor podía parecer muy bien quimérico... y realmente lo era! La pólvora ofreció á las miradas de nuestro joven granitos relucientes y negros, síntomas significativos de un estado de conservación irreprochable. La piedra de chispa ó pedernal, cortada en bisel con perfecta regularidad, parecía dispuesta á hacer fuego. Una especie de alegría se pintó en las pálidas y encantadoras facciones del personaje que nos ocupa.

—¡Pobre vieja pistola! —dijo pasando sus dedos por el cañón enmohecido, con un gesto que parecía una caricia —, seguramente no eres muy linda, y sin embargo vas á hacer una buena obra... ¡Te he descuidado, te he desdeñado y á pesar de ello te encuentro llena de buena voluntad en el momento en que te necesito!... ¡Ah! vales más que esos falsos amigos que prometen mucho para no dar nada. Nada me has prometido y vas á prestarme sin titubear el mayor de todos los servicios... Por adelantado te lo agradezco, porque difícil me será después...

Durante algunos segundos el joven permaneció con la cabeza inclinada sobre el pecho que agitaba una violenta respiración.

—¡Adiós, juventud!... —balbuceó enseguida—, ¡adiós amor... adiós vida!...

Amartilló la pistola y apoyó el extremo del cañón contra su sien derecha. Repitió por última vez la palabra adiós y puso el índice sobre el disparador... iba á oprimirlo. Un segundo más y la bohardilla se llenaría de ruido y humo y un cadáver rodaría por el suelo en medio de un mar de sangre.

En aquel momento un alegre rayo del sol de otoño entró en la habitación dando de lleno en el rostro del joven. Aquel inesperado rayo de sol le alucinó, le hizo cerrar los ojos y cambió ó al menos dió giro al curso de sus ideas.

—¡Caramba! —se dijo—, lo que iba á hacer es absurdo, sino en el fondo al menos en la forma. ¿Soy uno de esos in-

gleses á quienes devora el splenn, y que por un día de niebla se encierran en su habitación para cortarse solitariamente el cuello con un tajante de Manchester ó de Birmingham? ¡No! soy francés, muy francés y detesto las modas inglesas. Hacerse saltar el cráneo entre las cuatro paredes de una, bohardilla no tiene sentido común..., es antinacional. El sol acaba de visitarme de ex profeso para iluminar mi tontería y hacerla visible á mis propios ojos... Son las seis de la mañana, tengo, por lo tanto, mucho tiempo por delante... Casualmente ayer comí, de modo que matándome antes que dé la hora de almorzar, mi estómago no me atormentará. Puedo, pues, sin el menor inconveniente, concederme un nuevo pero corto plazo. Quiero respirar una vez más el aire puro. Quiero ver otra vez el alegre sol, las blancas y diáfanas nubes correr bajo el azul del cielo. Quiero recrear mi vista con el hermoso espectáculo de la verdura amarilleando por el otoño. Quiero despedirme de las horas que están próximas á caer, pero que sin embargo vivirán más que yo. Voy á ir al bosque de Boulogne. Es un sitio encantador, elegante, patricio y bien escogido para morir. Ya sé que en el bosque de Boulogne ya no se baten; la moda es inconstante y los duelistas buscan otras sombras..., pero absolutamente nada impide á un muchacho honrado ir á levantarse la tapa de los sesos entre aquellas umbrías alamedas. Y es lo que voy á hacer dentro de un rato. Estoy decidido. Vistámonos pronto y salgamos.

El joven rubio, cuyo nombre nos es desconocido todavía y cuyo pasado ignoramos, se puso á vestir acto seguido.

Su tocado fue corto. Bañó su rostro y manos en una palangana de agua fría, y deslizó el peine entre las opulentas masas de sus hermosos cabellos. Sacó de debajo de la cama una maleta llena de polvo, que contenía dos ó tres camisas muy blancas, pero cortadas en todos sus pliegues y cuyos cuellos y mangas estaban en una lamentable situación. Escogió la menos mala de aquellas camisas, y se la

puso con precaución, porque ofrecía menos solidez que un velo de gasa ó de muselina. Hecho esto, se colocó delante de uno de esos espejos redondos incrustados en estaño, que los soldados y obreros compran por quince céntimos y se hizo, con sabia corrección, el nudo de la corbata de seda negra, estrecha y delgada como una cinta. Se calzó las relucientes botas, se puso el pantalón, chaleco y levita, y del bolsillo de ésta sacó un par de guantes de piel de Suecia, en bastante buen uso todavía. Su sombrero, ligeramente inclinado del lado derecho, completó su tocado y debemos añadir que en conjunto era irreprochable.

Con seguridad que nadie en el mundo, al ver aquel guapo muchacho elegantemente vestido, hubiera podido sospechar que había llegado á los límites extremos del sufrimiento y de la miseria, y que se disponía á dar á su vida, apenas empezada, el más siniestro de todos los desenlaces.

Puso en su bolsillo la pistola que un rayo de sol había separado de su sien; volvió á coger la pluma y á las palabras que había escrito en el sobre añadió estas otras:

En el bosque de Boulogne encontrarán mi cadáver.

Escribió en un pedazo de papel su nombre y dirección, y se lo guardó en el bolsillo para hacer más fácil la identificación de su cadáver. Después de haber tomado esta última y útil precaución, salió de su cuchitril y descendió la escala de mano que conducía al sexto piso.

Algunos segundos le bastaron para franquear los innumerables peldaños de la escalera. Pasó tan rápidamente por delante de la habitación del portero, que no oyó á la mujer de éste gritarle con voz chillona:

—¡Eh! señor... hay una carta para vos...

Atravesó de cuatro zancadas el sombrío y fétido corredor y experimentó una súbita sensación de indefinible bienestar al encontrarse fuera de la casa y respirar un aire relativamente fresco y puro.

Un instante después se encaminaba por la calle de Pépinière, casi desierta á aquella hora matinal.